



Traducción
Reconstruir igual
Project Syndicate

5 de marzo de 2021

María Fernanda Espinosa¹

Crear una economía que funcione para todos no es solo una cuestión de empoderar a aquellos que han sido “dejados atrás” por la globalización. En cambio, requiere una evaluación integral y crítica de las fuerzas sistémicas que están alimentando la desigualdad.

QUITO - La pandemia de COVID-19 ha puesto de manifiesto y exacerbado una amplia gama de desigualdades. Si los líderes se toman en serio la idea de "reconstruir mejor", las políticas para superar las fuerzas sistémicas que los subyacen deben formar el núcleo de sus agendas.

Una de esas divisiones es la brecha de género. Desde que comenzó la pandemia, las mujeres han sufrido pérdidas de empleo a un ritmo más alto que los hombres, sobre todo porque están sobrerrepresentadas en muchas de las industrias más afectadas, como el servicio de alimentos y el comercio minorista, y enfrentan niveles más altos de precariedad social e inseguridad alimentaria. La pandemia también aumentará la brecha de género en la pobreza extrema.

Además, como han señalado pensadoras feministas como Silvia Federici, la carga del trabajo doméstico, ya soportada de manera desproporcionada por las mujeres, se volvió mucho más pesada durante los cierres pandémicos. Al mismo tiempo, las mujeres suelen ser víctimas de la violencia doméstica, que se ha vuelto más frecuente y grave desde que comenzó la pandemia.

No es sorprendente que la salud mental de las mujeres haya sufrido de manera desproporcionada durante el último año. La carga de la pandemia ha sido particularmente pesada para las mujeres que también están sujetas a otras formas de marginación, basadas en raza, edad o estatus migratorio.

En términos más generales, la pandemia ha ampliado la división entre ricos y pobres. Un puñado de multimillonarios ha visto cómo su riqueza se ha disparado durante el último año, mientras que los trabajadores menos calificados se han enfrentado a pérdidas de empleo e ingresos mucho mayores que los trabajadores más calificados. El decil de ingresos más alto, que comprende en gran parte a los trabajadores que han podido trabajar de forma remota durante la pandemia, ha podido ampliar sus ahorros, mientras que muchos trabajadores despedidos han pedido prestado para mantenerse a flote, lo que aumenta el número de personas sobre endeudadas o que tienen ahorros mínimos.

A nivel mundial, ha habido grandes diferencias entre la capacidad de los países desarrollados y en desarrollo para responder a la crisis del COVID-19. Las economías avanzadas han movilizado,

¹ María Fernanda Espinosa, ex presidenta de la Asamblea General de la ONU, es exministra de Relaciones Exteriores y Ministra de Defensa de Ecuador.



en promedio, el 25% de su PIB para mitigar sus efectos, en comparación con el 7% en los países en desarrollo y solo el 1,5% en los países más pobres. Y mientras que los países ricos pueden tener toda su población vacunada a mediados de 2022, más de 85 países pobres no tendrán un acceso generalizado a las vacunas antes de 2023.

En este contexto, "reconstruir mejor" debe significar la creación de una economía que funcione para todos, lo que en 2013 el entonces presidente de Estados Unidos, Barack Obama, llamó el "desafío definitivo de nuestro tiempo". Pero esto no es solo una cuestión de empoderar a aquellos que han sido "dejados atrás" por la globalización, proporcionando más recursos para la educación, la formación y el desarrollo de capacidades. Esa "solución" ampliamente respaldada se basa en supuestos optimistas, pero profundamente erróneos sobre el orden mundial contemporáneo.

De hecho, abordar las desigualdades actuales exige una evaluación mucho más completa y crítica de las fuerzas sistémicas subyacentes. El impacto desproporcionado de la pandemia en las mujeres, por ejemplo, es un resultado directo de reglas y normas patriarcales profundamente arraigadas que perpetúan estructuras segmentadas en el hogar, el mercado laboral y el lugar de trabajo.

Es debido a estas reglas y normas que, cuando la infraestructura de atención se deteriora, las mujeres se hacen cargo y cuando los trabajos escasean, las mujeres son las que más pierden. Luego, muchas mujeres se ven obligadas a acceder a empleos precarios, donde son vulnerables a la violencia física y sexual. Entonces, incluso cuando algunas mujeres rompen los techos de vidrio, la mayoría de las mujeres permanecen en el piso, barriendo los fragmentos.

Las iniciativas destinadas a empoderar a las mujeres dentro del sistema actual, por ejemplo, fomentando el espíritu empresarial femenino o asegurando la igualdad de derechos legales, son ciertamente vitales. Pero cualquier cosa cercana a la verdadera igualdad requerirá que abordemos los efectos insidiosos de la dinámica del poder patriarcal, y eso significa desafiar y reformar el sistema en el que están inmersos.

Lo mismo ocurre con el cierre de las brechas entre los que tienen y los que no tienen, tanto dentro como entre países. Como ha argumentado el economista premio Nobel Joseph E. Stiglitz, las reglas del juego están diseñadas para fortalecer la posición de aquellos que ya están en la cima de la escalera del desarrollo, mientras reprimen a los menos favorecidos.

Esas reglas han beneficiado a los acreedores sobre los deudores y han alimentado la especulación en lugar de la inversión productiva. Los derechos de propiedad intelectual y otras prácticas comerciales restrictivas han aumentado el poder de mercado de las grandes empresas internacionales, incluidos los gigantes tecnológicos, sobre los proveedores y consumidores más pequeños, socavando así la innovación.

Las reglas del juego también han permitido a las grandes empresas ocultar sus ganancias en paraísos fiscales, en lugar de pagar su parte justa o buscar inversiones generadoras de empleo. Y



el efecto sobre los ingresos del gobierno ha debilitado la capacidad del estado para suministrar bienes públicos, corregir fallas del mercado e incluso para satisfacer las necesidades inmediatas de los ciudadanos durante una crisis.

Quizás lo más insidioso de todo es que la creciente conciencia de que el juego está amañado ha erosionado la confianza pública en las instituciones, ha alimentado la fragmentación política y el descontento social y ha provocado una desconfianza cada vez más profunda entre los países. Desde el escepticismo sobre las vacunas hasta la falta de coordinación internacional, la crisis del COVID-19 refleja las consecuencias de estas tendencias.

Hace setenta y cinco años, la Carta de las Naciones Unidas emitió un llamamiento a la acción colectiva para enfrentar los nuevos desafíos de un mundo interdependiente. Hoy, nuestro mundo está más interconectado que nunca y, sin embargo, la desigualdad desenfrenada está disminuyendo nuestra receptividad a la acción colectiva que necesitamos. Para revertir esta tendencia es necesario abordar las dinámicas de poder injustas que están incrustadas en el sistema económico mundial.

"No apueste por el futuro", advirtió Simone de Beauvoir. "Actúe ahora, sin demora".